

VIVIR Y SOBREVIVIR EN LA GRAN CIUDAD **Habitat popular en la ciudad de Buenos Aires** **a comienzos del siglo ***

JUAN SURIANO **

Este artículo intentará percibir y analizar cómo habitaron y vivieron en la ciudad de Buenos Aires los trabajadores durante el período de formación y consolidación de la economía agroexportadora argentina.(1) El tema me parece importante pues permite captar ciertas formas de sociabilidad que indudablemente desembocaron en comportamientos y conductas determinadas. Las formas de habitar de los obreros en este período transitron caminos diferentes, a veces radicalmente, se tratara del conventillo (y formas de hábitat similares) o de la casa unifamiliar. Ambos tipos no eran de ninguna manera los únicos existentes pero perfilaron dos estilos de habitar, de vivir, de concebir la familia, de percibir la cotidianeidad y de relacionarse con los otros que generaron conductas distintas y concepciones diferentes de la vida privada. Y si en el conventillo o la vivienda colectiva predominaban formas de vida que dispersaban lo privado en tanto no había intimidad (o era mínima) y se actuaba ante la mirada desprejuiciada de los otros; en la casa unifamiliar (propia o alquilada) se producía un repliegue hacia lo privado, lo íntimo y tanto el hogar como la familia adquirían un rol preponderante que había permanecido algo difuso en las viviendas colectivas. Pero, la casa unifamiliar propia jugó otro papel importante en tanto actuó como elemento de fijación al sistema sujetando al trabajador y a su familia a ciertas conductas y hábitos de vida regulares, tendientes a realizar los esfuerzos necesarios para poder abonar las cuotas de la hipoteca. Obviamente estas conductas otorgaban respetabilidad, especialmente cuando los esfuerzos eran coronados por el éxito, pero el objetivo principal parecía apuntar al ascenso social. Hecho más que probable en

* El artículo está basado en mi ponencia en el XVIII International Congress, *Latin American Studies Association*, March 10-12, 1994.

** Investigador del PEHESA en el Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.

la Argentina de esos años y esta movilidad social ascendente actuaba en forma profunda pues además de elemento de fijación operaba ahora como herramienta de desclasamiento de los trabajadores o, mejor, dispersando la posible constitución de la identidad de clase.

El presente trabajo analizará centralmente las tramas de la sociabilidad tejidas en las dos formas mencionadas de habitar. Y comprender estas tramas implica observarlas en su funcionamiento cotidiano hacia el adentro (la familia) y hacia el entorno exterior (el patio del conventillo, la calle, la vecindad o el barrio). Por su parte, intentará desentrañar cómo contribuyeron estas formas de habitar a reforzar o debilitar las experiencias de clase en la ciudad de Buenos Aires entre 1870 y 1920.

Durante el proceso de crecimiento, que duró cerca de medio siglo, las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires fueron realmente espectaculares y no será este el lugar de su descripción en tanto el tema ha sido abundante y suficientemente transitado.⁽²⁾ Pero, vale la mención de un sólo dato: la ciudad saltó de 177.000 habitantes en 1869 a casi 1.600.000 en 1914. Crecimiento notable y obviamente desordenado. Y si bien hacia la última de las fechas mencionadas la ciudad tenía un perfil definido -esto es, obras de infraestructura, monumentos y edificios públicos que otorgaban una identidad simbólica, una red de plazas y paseos públicos, un centro político y burocrático así como la existencia de barrios que en forma concéntrica se alineaban desde el centro a la periferia- durante casi todo el período que nos interesa Buenos Aires no dejó de generar una imagen de ciudad precaria, transitoria, temporal o, como se la ha definido recientemente, efímera.⁽³⁾ La imagen no es caprichosa y se relaciona a las transformaciones del mercado mundial que requerían absolutamente de ciudades puerto con funciones burocráticas y comerciales al estilo de Buenos Aires y como otras que se desarrollaron en el mismo sentido en América Latina. Todavía en 1910 un viajero percibía la transitoriedad de la ciudad: "Buenos Aires es, pues, una ciudad en formación, la ciudad del porvenir... Es una ciudad inmensa que progresa desde hace treinta años [y] aún quedan por hacer muchas cosas".⁽⁴⁾ La ciudad cambiaba constantemente y renovaba su imagen con frecuencia. Cuando sus habitantes aún no se habían acostumbrado al tránsito de los tranvías a caballo que cruzaban la ciudad en ambos sentidos, apareció el tranvía eléctrico que con su enmarañado tendido de cables, su velocidad y con ello el sentido del tiempo del viaje y su estrepitoso sonido modificó sin duda la vida de los porteños. Y esto en el corto lapso de una o dos décadas lo que hacía perceptible los cambios a simple vista.

Por supuesto, esta transitoriedad se hacía extensiva a las personas. Y si, como se ha visto, la población ciudadana se multiplicó por ocho en 45 años es probable que una cifra muy importante de individuos haya habitado o pasado fugazmente (o no tanto) por la ciudad sin querer o sin poder quedarse en ella. En este contexto, el proceso de fijación de los trabajadores a la ciudad fue complejo y es difícil de captar puesto que los datos estadísticos no van más allá de la frialdad inexpressiva de las entradas y salidas de inmigrantes. Gran parte de los trabajadores eran inmigrantes

que usaron la ciudad como lugar de tránsito y de residencia temporaria. Ya sea porque se empleaban en el campo en tareas rurales o porque residían un tiempo en la ciudad y volvían a su país natal. En oportunidades estos actos se repetían a menudo en lo que se conoce por trabajo golondrina. Las cifras de retornos a lo largo del período ratificarían esta movilidad y transitoriedad de la permanencia de miles de trabajadores que, triunfantes o más a menudo derrotados, volvían a sus pueblos dejando pocos rastros de su presencia individual en la ciudad. Ciudad que en estos casos desempeñaba más el rol de dormitorio que de hogar.

Pero, así como muchos de estos seres anónimos fueron trabajadores temporarios y pasajeros fugaces de la ciudad, decenas de miles se fueron afincando en ella y convirtiéndose en residentes porteños. ¿Dónde y cómo habitaron? Las características de la vivienda y las formas de habitar de los trabajadores se vinculan a la peculiaridad del mercado de trabajo argentino. La estabilidad o inestabilidad del mismo así como la variabilidad y la temporalidad del trabajo incidieron de manera decisiva en la configuración de la vivienda popular. El brusco crecimiento demográfico ya señalado saturó rápidamente la capacidad de alojamiento urbano provocando una situación habitacional caótica e incierta en una sociedad controlada por la libertad del mercado y la especulación. De esta forma, la oferta habitacional era escasa y regulaba casi a voluntad el valor de los alquileres. Tanto los historiadores como los testigos de la época han coincidido en agrupar a la vivienda popular en torno a dos modelos. Según este criterio el conventillo o casa colectiva fue el hábitat por excelencia de los trabajadores durante gran parte del período en estudio, fechando hacia los primeros años del siglo el comienzo de su decadencia. Momento en el que se habría prefigurado una nueva tipología de vivienda en torno a la casa unifamiliar.⁽⁵⁾ Si bien esto no deja de ser cierto y aquí se rescatará este esquema en tanto fueron las tipologías dominantes, es necesario destacar que simultáneamente a la existencia predominante de estos modelos, convivían otros tipos de vivienda, más o menos precarias, difícilmente captadas por los censos.⁽⁶⁾ Me refiero a ranchos de paja, madera o adobe y casillas de chapas o madera donde habitaban, tal vez, los sectores menos beneficiados de la sociedad entre los que, seguramente, se encontrarían numerosos trabajadores eventuales como changadores, estibadores, peones y desocupados. Estas viviendas particularmente precarias carecían de cualquier tipo de servicios y se nucleaban en zonas generalmente bajas e inundables en una ciudad cruzada por innumerables arroyos (hoy invisibles debido a su entubamiento), bañados, por el riachuelo y por el río de la Plata que inundaba buena parte de las costas de la ciudad. El barrio de las Ranas (desmantelado en 1916) o Villa Bochínche fueron dos asentamientos famosos que reunieron este tipo de viviendas, en especial el primero de ellos que aparecía como la contracara de la ciudad pujante. Enclavado en el basural más grande de la ciudad albergaba sin duda a los marginados o como sostenía el viajero antes citado "los miserables refractarios a la asistencia pública, los libertarios que prefieren la independencia a la solicitud oficial o burguesa. Allí es también donde la espuma de la hez social abriga sus liviandades".⁽⁷⁾ Gran parte de

sus habitantes sobrevivían merodeando en la basura y recogiendo restos de alimentos, de vestimenta o de cualquier elemento que pudiera ser comercializado.

Por supuesto menos precario pero igualmente poco comfortable eran las casillas "industrializadas" de madera o chapa que constituyeron el conocido barrio de La Boca, sin dudas el primer asentamiento obrero fijo de la ciudad, nacido en torno a los astilleros de la zona durante la primera mitad del siglo XIX.

Y hay aun otras formas precarias de habitar, ocultas a los ojos de los testigos y donde ni siquiera era posible pensar en formas de vida estable donde desarrollar la privacidad y tampoco funcionaban como ámbitos de sociabilidad. Numerosas fondas, bares y restaurantes se convertían de noche en dormitorios temporales para aquellos que estaban al borde de la mendicidad y para quienes una pieza de conventillo era casi una ilusión inalcanzable. Por otro lado, la ausencia de fuentes cuantitativas y aun cualitativas torna dificultosa la inferencia sobre las formas de habitar de otros individuos aunque es posible suponer su presencia en infinidad de casas de pensión, hoteles pequeños, departamentos o casas alquiladas entre dos o más familias y donde la precariedad no debía diferir del conventillo. Además, era habitual que algunos empleados de comercio y, en menor medida, obreros industriales habitaran en los propios lugares de trabajo. Y en el mismo sentido habría que indagar sobre los lugares de vivir del creciente personal doméstico, seguramente morador en buena proporción en las viviendas de sus patrones.

Más allá de estas formas de habitar y de otras que seguramente se nos escapan, el conventillo fue la vivienda mayormente utilizada por los trabajadores durante la primera etapa de constitución del proceso agroexportador. Y podemos observar y analizar la sociabilidad cotidiana porque las fuentes son inagotables. Los censistas captaron bien su presencia y los datos cuantitativos son suficientes para establecer su auge y decadencia, el índice de hacinamiento, el valor de los alquileres así como su relación con los salarios percibidos.⁽⁸⁾ Las fuentes cualitativas son inagotables. Una abundante producción literaria tomó al conventillo como escenario y más allá del pintoresquismo, el moralismo o la simpatía con que los autores describían sus narraciones, la lectura entrelíneas de dichas obras permite percibir tipos sociales y formas de vida. Los médicos higienistas y ciertos observadores con tendencias de reforma social centraron su mirada en el conventillo y dejaron cientos de páginas escritas sobre las condiciones de vida de los inquilinos de estas casas que generó en los últimos años una amplia producción historiográfica de tono marcadamente pesimista sobre el tema.⁽⁹⁾ Y también están allí al alcance de la mano, aunque generalmente no se las ha usado, cientos de fotografías publicadas en las revistas de época que encontraban en el conventillo un material gráfico interesante desde el punto de vista del interés de los lectores de los sectores medios de la sociedad porteña, que practicaban así un recatado y disimulado *voyeurismo* sobre las formas de vida de los sectores populares. Y si estas fotografías muestran con crudeza el hacinamiento, la suciedad y la miseria también pueden testimoniar otras facetas de la vida cotidiana y aunque el fotógrafo haya querido retratar algo diferente a lo que

buscamos, el historiador al igual que con los testimonios escritos puede leer entrelíneas y armar algún fragmento disperso que nos ayude a reconstruir la vida cotidiana de los sectores populares.

Repito, entonces, que aunque el conventillo no cubra todo el espectro del hábitat de los trabajadores la existencia de fuentes nos permite reflexionar mejor sobre el tema. El conventillo o casa de inquilinato colectiva fue la respuesta a la saturación habitacional que provocó la irrupción masiva de miles de inmigrantes provenientes de diferentes lugares del mundo y que recalaron, transitoria o definitivamente, en la ciudad de Buenos Aires. Desde la aparición del primero de ellos, en 1867, su crecimiento fue ininterrumpido hasta 1892 año pico en el que más del 20 por ciento de la población porteña vivía en ese tipo de viviendas. Aunque en cifras absolutas estas viviendas siguieron aumentando, la proporción de inquilinos en referencia al resto de la población comenzó a descender en tanto otras alternativas habitacionales empezaron a aparecer como posibles en el horizonte de los trabajadores. Hacia 1919 el porcentaje de inquilinos había bajado sensiblemente y el conventillo albergaba al 9 por ciento de la población porteña aunque su presencia simbólica era aún muy persistente tal vez porque la cultura generada en los conventillos haya sido muy personal y se haya identificado estrechamente con la transformación de Buenos Aires en ciudad moderna.

La gran mayoría de las casas de inquilinato se concentraban en el centro y sus alrededores. Así barrios como La Boca, Balvanera, Monserrat o San Nicolás fueron lugares elegidos para la construcción de conventillos debido a ser las circunscripciones donde se concentraban mayoritariamente las principales fuentes de trabajo como fábricas, talleres, comercios y la actividad portuaria. Vivir en la cercanía del lugar de trabajo era fundamental durante los primeros años del proceso en tanto el transporte era escaso, lento y caro.

A pesar de las diferencias relativas a distribución espacial, tipo de construcción y cantidad de habitantes estas viviendas poseían un rasgo semejante: las condiciones de habitabilidad. El alto grado de hacinamiento en este tipo de hábitat ha sido suficientemente recalado así como también se ha explicitado que los porcentajes de hacinamiento ocultaban complejas alternativas donde un cuarto era ocupado por familias hipernumerosas o, peor, cuando éstas debían compartir con extraños su vida cotidiana. Carecían, generalmente, de elementos necesarios para una vida cercana a lo confortable. Así, el aire de los cuartos era insuficiente y los grifos de agua, piletas, duchas y letrinas no alcanzaban a cubrir las necesidades de sus moradores. Aún en 1904 el censo municipal revelaba que el 23 por ciento de los conventillos no tenía baño de ningún tipo y el 17 por ciento sólo poseía uno. Esta situación implicaba que una letrina era usada entre 20 y 70 individuos y una ducha por 60.⁽¹⁰⁾ No hay dudas que existe una estrecha relación entre la falta de higiene y el elevado hacinamiento y las diversas enfermedades infectocontagiosas que hacia la segunda mitad del siglo XIX hacía estragos entre los sectores populares, mitigados sólo hacia el fin del siglo con la instalación de servicios de aguas corrientes y cloacas y los avances de la medicina

preventiva.

¿Cómo era un conventillo? Generalmente se trataba de construcciones de material aunque los había de madera y de zinc. Estaban contruidos en terrenos de 10 a 15 metros de frente por 40, 50 o 60 metros de fondo, donde se disponían dos largas hileras de habitaciones a cada lado de un estrecho patio que no superaba los 5 metros de ancho. A veces se construían cuartos en el primer y, aun, en el segundo piso adonde se accedía por estrechas escaleras y pasillos de un metro de ancho con balaustradas. En este pequeño mundo vivían decenas, y a veces, cientos de personas que repartían su estancia en la casa entre la privacidad restringida del cuarto y la bulliciosa multitud del patio.

Para describir la habitación podemos recurrir a la mirada preocupada pero, a la vez, prejuiciosa de un médico higienista: "Un cuarto de conventillo, como se llaman a estas casas ómnibus, que albergan desde el pordiosero hasta el pequeño industrial, tiene una puerta al patio y una ventana, cuando más; es una pieza cuadrada de cuatro metros por costado y sirve para todo lo siguiente: es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría, como dicen ellos en su lenguaje expresivo; la cría son cinco o seis chicos debidamente sucios; es comedor, cocina, despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos, a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay, morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de comestibles, sitio donde arde de noche un candil, una vela o una lámpara; en fin, cada cuarto de estos es un pandemonium donde respiran contra las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo, cuatro, cinco o más personas".(11)

La mirada de Wilde es cuidadosa y meticulosa pero sesgada por su interés médico y como tal aparecen resaltados los datos que contribuían a deteriorar la higiene y este elemento será recurrente en todos los testimonios de este tipo. Sin embargo esta imagen no alcanza para capturar las pertenencias materiales de los inquilinos. El observador socialista Adrián Patroni agrega algunos elementos: "Adornan esas habitaciones dos o tres camas de fierro o simples catres, una mesa de pino, algunas sillas de paja, un baúl medio carcomido, un cajón que hace las veces de aparador, una máquina de coser".(12) Pobre mobiliario, pero indispensable y que nos sugiere sobre el uso del cuarto: la obiedad del descanso o del comer y también la del trabajo femenino en el domicilio pues la máquina de coser sería un inapreciable bien no sólo para confeccionar la vestimenta familiar sino también para trabajar para terceros y si la mayoría de las veces servía para complementar el salario masculino, en otras se convertía en la entrada que permitía la subsistencia personal y hasta familiar. Así se va perfilando el cuarto del conventillo como un ámbito centralmente ocupado por la mujer aunque su reinado en ese pequeño ámbito de 4 o 5 metros por lado podía ser observado desde el afuera, carecía de intimidad o, como sostiene Michelle Perrot, la noción de interior apenas si era perceptible en estos alojamientos superpoblados.(13) Como estos cuartos casi nunca tenían ventanas y la mísera luz

de un farol o de una bombilla eléctrica no alcanzaba a iluminar correctamente el interior, la puerta permanecía abierta durante casi todo el día y la privacidad violada a través de este espacio entreabierto. Por otra parte, la vida privada pocas veces era factible, incluso durante las noches y a puertas cerradas casi no existía la intimidad. ¿Como podía haberla cuando padres e hijos dormían todos juntos? O cuando un matrimonio "tabique de por medio, comparte su vida con la de otra familia: con paredes que tienen oídos y ecos, donde (el marido) no puede cruzar dos palabras con la mujer sin que lo sepa la vecina y por ésta, la casa y el barrio entero".(14) Y esto en el caso de que la familia no compartiera la habitación con otros parientes o sencillamente con extraños.

Pero para muchos, quizás la mayoría, esta situación no era nueva. En cierta forma la vivienda rural la había anticipado y aunque podía preservar a las familias de las miradas extrañas, hacia adentro el apiñamiento y el hacinamiento en habitaciones que hacían a la vez de cocina, comedor y dormitorio y donde todos vivían juntos parecía una constante. Quienes habían transitado esta experiencia estaban acostumbrados a la falta de higiene y a la posesión de lo indispensable para vivir: la misma vestimenta, pocos utensilios y un mobiliario austero y escaso, en síntesis, la idea de confort no existía o era muy limitada. Convertidos en inmigrantes la experiencia de la travesía en barco que podía durar hasta cuarenta días viajando hacinados y amontonados en los camarotes de tercera clase cuando no en las bodegas así como la estadía, para algunos de ellos, en el hotel de inmigrantes habrá pronunciado y servido seguramente para las experiencias posteriores.

Pero el inventario de pertenencias materiales no ha finalizado y observando cuidadosamente una fotografía de un cuarto de conventillo (*PBT*, marzo de 1913) se perfilan borrosamente otros indicios: una cómoda sobre la que posan una botella y varios vasos; un calentador de querosén. En la pared del fondo cuelga un humilde espejo y un indispensable reloj despertador descansa sobre una repisa adosada a la pared. Al lado, un reloj de péndulo tal vez traído desde sus lejanos terruños y nexo material con el pasado o quizás símbolo de un modesto status perdido temporalmente. También se ven dos cuadros indescifrables y sobre esto los testimonios escritos coinciden. Los sectores populares, no importa el grado de pobreza o privación, sentían profunda atracción por los retratos y las paredes de sus cuartos estaban a menudo "engalanadas con imágenes de madonas o estampas de reyes, generales o caudillos populares"(15) que, posiblemente, hablen de sus simpatías políticas o de sus creencias religiosas. Pero también estas imágenes, o el reloj de péndulo o una carpeta bordada sobre una mesa estén ofreciendo una prueba apenas perceptible de la "búsqueda de un placer o de una intimidad".(16)

Entonces, el cuarto de la casa de inquilinato es mucho más que un espacio infecto, sucio y hacinado. Allí vivían parte de sus vidas hombres y mujeres con sus alegrías y tristezas, sus ilusiones y frustraciones y en tanto estuvieron obligados a vivir en estas condiciones trataron de sacar el mejor provecho de esta forma de vida. Y como el cuarto era un espacio insuficiente y recortaba la privacidad los inquilinos

usaban los lugares abiertos del patio y, especialmente los niños, aun la vereda y la calle. Sin embargo, para usar de ellos libremente había que ganarlos violando los reglamentos e imponiendo una legitimidad propia. Esa lucha comenzaba en la disputa por el pequeño espacio, que el inquilino entablaba con el casero, en el cual se prolongaba la habitación hacia afuera (el patio) pues allí, en el umbral de la puerta, se cocinaban, cuando no llovía, en el calentador a querosén o en el precario brasero los alimentos cotidianos. También estaban las querellas por los horarios, por el libre uso de los diversos espacios y por el valor de los alquileres que articularon las experiencias cotidianas y establecieron lazos de solidaridad cuya mejor expresión fue, sin dudas, la formidable huelga de inquilinos de 1907.

Pero las redes de solidaridad no se establecían solamente en los enfrentamientos con el casero o el propietario, sino central y obligadamente en las experiencias gestadas en la vida cotidiana cuyo núcleo anidaba en la sociabilidad entablada en el patio, lugar de cruce y de encuentro obligado de los moradores de estas casas. En este espacio pequeño para albergar la superpoblación de estas casas la convivencia se tornaba difícil y los conflictos y reyertas personales eran frecuentes. Sin embargo, debían aprender a tolerarse y compartir forzosamente el uso de sus lugares: los lavaderos, los tendedores de ropa, los baños, los espacios para cocinar. Y estos ámbitos eran ocupados durante el día mayoritariamente por niños y mujeres. Y eran éstas las que, prefigurando su rol en la casa unifamiliar, organizaban la vida diaria. "No han dado aún las seis en verano y cada conventillo se ve invadido por cinco, diez, veinte y hasta treinta vendedores ambulantes y repartidores que van a llevar las provisiones, pan, leche, carne, verduras que entregan de puerta en puerta o más comúnmente en pleno patio, donde decenas de mujeres discuten y regatean, centavo por centavo lo que han de entregar en cambio de los víveres....pero la mayoría de las mujeres se lanza a los mercados y almacenes a buscar lo que necesitan para obtener todo a menor precio".(17) El cronista, que había recorrido los principales conventillos de la ciudad, sigue describiendo el trabajo doméstico de la mujer: lavar la ropa, preparar el almuerzo, recibir a los niños de regreso del colegio, planchar y hacer la cena. La mujer era indudablemente la organizadora de la vida doméstica y, seguramente, la planificadora de la fuga, real o ilusoria, hacia la casa propia. Tal vez por esa ilusión cumplió un rol tan relevante en la huelga de inquilinos, aunque también debe haber sentido el avasallamiento sobre un mundo doméstico considerado como ámbito propio, que ella organizaba y controlaba cotidianamente.

Los domingos y los días de fiesta el conventillo adquiría características distintivas en tanto la sociabilidad era diferente y se relacionaba al uso del tiempo libre. La ciudad ofrecía pocos pasatiempos para cubrir las escasas horas de descanso dominical de las familias de los sectores populares. El circo o el teatro popular eran alternativas esporádicas,(18) un paseo era tal vez una posibilidad más factible y el café no era un espacio de sociabilidad familiar. Era entonces el patio del conventillo, una vez más, el ámbito elegido para gozar del día de ocio. Ese día, los inquilinos se levantaban más tarde y dedicaban buena parte de la mañana al aseo

personal y a vestirse con su mejor ropa y hasta la hora del almuerzo se formaban animados grupos de conversación. Nuevamente las imágenes fotográficas ayudan a captar parte de esas vivencias cotidianas: en una de ellas (*PBT*, 1913) tres hombres de rasgos europeos, sentados en torno a una mesa conversan posando ante la cámara y comparten un rito de sociabilidad nuevo pero ya incorporado y generalizado entre los sectores populares, tanto inmigrantes como nativos: el mate. En otra (*Caras y Caretas*, 1906) la imagen capta una zona del patio de un conventillo. En el centro, un abuelo, vestido con su mejor ropa, una pipa en la mano derecha y un libro en la izquierda que lee para un auditorio infantil que escucha muy atentamente en contraposición a la difundida imagen del bullicio infantil permanente del conventillo. "Por la tarde, cada cual sale a la puerta de su habitación y los que saben tocar un instrumento ejecutan piezas de su repertorio mientras los otros bailan. Después de una alegre tarantela se oyen los quejidos sencillos y armoniosos de una triste o de un estilo criollo...y apenas se apagan las últimas notas cuando suena una galopa y así en la música se manifiesta el cosmopolitismo de los habitantes del conventillo".(19) El cronista captó bien las formas de diversión y también la mezcla étnica pues en el conventillo primó la plurinacionalidad y a pesar de los contrastes culturales producto de las diversidades étnicas parece haber sido un espacio de resignificación de las prácticas culturales de los trabajadores y, posiblemente, haya contribuido a forjar una identidad común. Aunque contra ello debe haber atentado la temporalidad de la estadía, en la medida en que los inquilinos lograban salir del conventillo se dispersaban hacia distintos lugares y las redes solidarias se fragmentaban forzosamente ante estas deserciones.

Simultáneamente al auge del conventillo comenzó a generarse un proceso de descentralización urbana basado en la construcción de casas unifamiliares en barrios alejados del centro que produjo un tipo de sociabilidad popular totalmente diferente. Pero antes de analizar este tema quiero resaltar que no fue un proceso uniforme pues algunos de los barrios (por cierto los más antiguos) conformados durante las décadas finales del siglo XIX concentraron una importante cantidad de industrias. Barrios como Once, Nueva Pompeya, Parque Patricios, San Cristóbal, Palermo y Villa Crespo tuvieron una considerable implantación industrial y una peculiar conformación. Los trabajadores vivían cerca de las plantas industriales en diferentes tipos de viviendas: conventillos, fondas, pensiones, barracas, ranchos y casas. Incluso hubo empresas que construyeron viviendas para sus obreros. La enorme Fábrica Nacional de Calzados de Villa Crespo construyó conventillos al igual que una importante empresa textil de la zona, así como otras construyeron diversos tipos de viviendas. Estos barrios concentraron una importante proporción de trabajadores entre sus habitantes que deben haber generado relaciones de solidaridad y experiencias de clase diferentes a la de los nuevos barrios.(20)

Estos nuevos barrios, de localización más periférica, se constituyeron gracias a la expansión y electrificación de la red tranviaria y la especulación inmobiliaria que

liberó la venta de terrenos a bajo costo. La electrificación de la red tranviaria comenzó en 1897 y ocho años más tarde alcanzaba los 340 kilómetros, abarcando desde el centro a la periferia, casi toda la Capital Federal en un enmarañado entramado de vías que le otorgó un sugerente aspecto de ciudad moderna. Este proceso permitió por un lado hacer mucho más veloz al viaje (el tranvía eléctrico era de tres a cuatro veces más rápido que el tirado por caballos) y, por otro, abarató su costo y se hizo accesible a la mayoría de los trabajadores que ahora podrían desplazarse desde sus viviendas en zonas relativamente alejadas a sus lugares de trabajo en el centro.(21)

El otro puntal en el que se apoyó la descentralización urbana y el acceso de los trabajadores a un terreno donde encarar la aventura de la casa propia fue el proceso de fraccionamiento, loteo y financiación de terrenos en las zonas periféricas. La evolución de la venta de lotes pegó un salto brusco en 1904 cuando comenzaron a financiarse las ventas en mensualidades fijas que fluctuaban desde 40 a 120 cuotas mensuales. La respuesta fue unánime e inmediata y en dos años se vendieron más de 20.000 terrenos. Este proceso contribuyó notablemente al crecimiento y consolidación de barrios como Almagro, Caballito, Chacarita, Flores, Floresta, Belgrano, Villa Devoto, Villa Soldati, Nueva Chicago, Nueva Pompeya, Nuñez o Villa Urquiza. Pero oculta las diferentes realidades sociales. Ciertamente no todos podían acceder a un lote. Un sueldo regular, relativamente alto, evitar enfermedades y, a veces, el aporte salarial del resto de la familia se convertían en condiciones indispensables para encarar con éxito una empresa que podía llegar a durar diez o quince años, cuando no más. Las diferencias salariales y de regularidad en el empleo determinaban también el lugar donde comprar así como la calidad de la construcción. En efecto, no era lo mismo acceder a un terreno en barrios ubicados cerca de las paradas del tranvía o de la estación de ferrocarril a poseerlos a varias cuadras y, a veces, kilómetros de los medios de transporte. También era diferente acceder a un lote en barrios altos o, como ocurría frecuentemente con los sectores menos pudientes, en zonas inundables cercanas a los arroyos que, paradójicamente, se ocupaban rápidamente en razón de su bajo costo. Así amplias zonas de Belgrano, Nuñez, Flores o Saavedra se inundaban frecuentemente. Por otro lado, estos barrios carecían generalmente de la infraestructura de salubridad correspondiente.

Si bien es cierto que la conformación de los barrios periféricos significó en buena medida el acceso a la vivienda propia, no debemos formarnos una imagen equivocada. Los barrios no eran un mundo uniforme de felices propietarios sino que también albergaban realidades diferentes. Y muchos trabajadores seguían siendo inquilinos aunque ahora habitaran casitas unifamiliares donde la luz, el aire y la privacidad eran posibles. Claro que también, aunque en escasa medida, se repitieron escenas de hacinamiento: "Hemos visto -decía Cibils- en esos barrios bajos casitas de 3 piezas con 20 y hasta 26 habitantes y piezas con 8, 9 y 10, en condiciones higiénicas y de vida deplorables, máxime cuando disponen sólo, en general, del agua de un pozo común, de tres o cuatro metros de profundidad, cercano al pozo negro, depósito único y permanente de detritus, deyecciones y aguas servidas en contacto inmediato con

el exterior".(22)

Es posible que sumando las dificultades mencionadas, y otras menos perceptibles, concluyamos que en esta nueva etapa las precariedades eran inmensas. Precariedades acompañadas de duros esfuerzos para poder concretar la construcción de la casa en tanto eran pocos los que podían contratar albañiles para dicha tarea y, menos aún, quienes accedían a los servicios de pequeñas empresas constructoras. Generalmente, la construcción comenzaba por una o dos habitaciones, casi siempre de material pero a veces también de chapas o madera, y un baño en los fondos del terreno. Esta construcción básica hacía posible la estancia en ella y luego, con el tiempo, se iba extendiendo de acuerdo a las necesidades familiares y a las posibilidades económicas. Para aquellos que no podían contratar albañiles, la tarea se realizaba los domingos y feriados con la participación de todo el núcleo familiar y, muchas veces, con la ayuda de los "paesanos". ¿Cuánto duraba este emprendimiento? Podía tardar diez, quince o más años en llegar al final, no hay datos cuantitativos, sólo testimonios aislados, retazos de relatos que fueron sepultados por la imagen triunfante de la Argentina del ascenso social que rescata al trabajador propietario como producto final visible del proceso. Pero como puede verse, para los trabajadores esta empresa debe haber sido muy dura, transitó precariedades diversas y generó inseguridades pues la tarea era riesgosa y un período de desocupación podía acabar con el pago de las cuotas y, consecuentemente, con la ilusión de la casa propia. O podía retrasarla como durante los años de la primera guerra mundial cuando se cortó el flujo importador y los materiales de construcción se hicieron casi inaccesibles.

Sin embargo esta situación implicaba un cambio sustancial en el sentido de la vida del trabajador. Una vez embarcado en la aventura, el anhelo de la casa propia ingresaba en el universo de lo posible y todos los esfuerzos apuntaban hacia esa dirección. Un objetivo, sin duda, implícito en el "hacer la América" de los inmigrantes, que motorizó el viaje hacia lo desconocido y ayudó a soportar la travesía incómoda o las distintas etapas de hábitat precarios.

Esta tendencia fue fuertemente alentada desde los sectores dominantes y los poderes públicos que, ciertamente, tuvieron una mirada prejuiciosa y temerosa de las formas de hábitat popular. Y si desde el higienismo la mirada protectora alertaba sobre los peligros físicos y morales que acarreaban la falta de higiene y la promiscuidad; desde otros sectores se temía por la supuesta alteración del orden social incubada en las redes solidarias colectivas del conventillo o en la insatisfacción permanente de aquellos trabajadores frustrados por no poder concretar sus aspiraciones, situaciones ambas que conformaban parte de la cantera donde el anarquismo se nutría de militantes.

A pesar de estas visiones y de la gravedad evidente por la escasez de vivienda popular, el Estado argentino prácticamente no intervino en forma directa y descansó en las leyes del mercado.(23) Casi no construyó ni otorgó créditos para la compra de vivienda. En cierta forma, sólo contribuyó a crear el proceso para que el mercado

generara las condiciones que hicieron posible el acceso de una parte de los sectores populares a la casa propia. El grupo de profesionales y técnicos preocupados por la cuestión social (higienistas, funcionarios del Departamento de Trabajo creado en 1907 o del área de la salud) aunque cuestionaba la falta de intervención del Estado compartió la visión sobre el rol de la casa propia. Esta táctica de fijación de los trabajadores al sistema era compartida en términos generales por los sectores dominantes tal vez influenciados por Frederic Le Play, el principal teorizador de las cualidades moralizadoras de la propiedad privada. La casa adquiriría un carácter benéfico y, en su interior, la vida familiar era un elemento indispensable para contener al obrero en el seno de la sociedad capitalista. Las palabras del ingeniero Domingo Selva pronunciadas en 1901 en la Sociedad Científica Argentina son más que sugestivas: "Familia y habitación es el lema que deben tener los gobiernos que quieren amparar al obrero; la familia para crearle obligaciones materiales. Hacedle propietario al obrero, aunque sea a la larga; hacedle entrever que el final de su sacrificio actual no será el caos, el infortunio, la desgracia, como hoy, sino el bienestar, el cariño a los suyos, la propiedad de algo que permita a la viuda y a los hijos seguir sin contratiempo los vaivenes de la vida y estad ciertos que la sociedad habrá cimentado su base sobre roca inconvencible".(24)

La idea era que la casa convertiría al trabajador en un individuo moral y previsor, arraigado al espacio que le pertenecía y con autoridad sobre los suyos. La casa adquiriría una propiedad modeladora del trabajador y era ella quien lo poseía, lo moralizaba y lo transformaba. Fijado al hogar y obligado a cumplir las diversas obligaciones contraídas para levantar su casa, se evitaba que el obrero se convirtiera en un trastorno social. En este sentido, y frente a las expresiones de solidaridad anudadas en el conventillo o el malestar provocado por otras formas precarias de habitar, la casa propia y unifamiliar resultaba una estrategia de fijación ideal pues en definitiva, y recorro una vez más a Michelle Perrot, "la casa conjura el peligro de revoluciones".(25)

Ahora bien, no caben dudas, y esto comenzamos a percibirlo ya en el conventillo, que la casa propia significa un repliegue deseado y perseguido hacia la vida privada perceptible a los ojos de los observadores, sorprendidos de la fuerte "tendencia de las familias a vivir separadas unas de otras en una sola casa"(26) y plenamente visible en su aspecto físico: el terreno estaba generalmente cercado hasta una altura suficiente para evitar las miradas extrañas. La casa se construía en la parte delantera y el espacio a cielo abierto quedaba atrás, protegido por la casa y la cerca. Así, el patio, el huerto, el diminuto jardín con algunos árboles frutales, el gallinero y el pequeño cobertizo que hacía las veces de taller de reparaciones hogareñas se encontraba aislado y separado de las otras casas del vecindario.

En este repliegue hacia la privacidad el hogar (home) adquiere dimensiones diferentes a las que tenía en otros tipos de hábitat populares. Su rol es resignificado: la búsqueda de mayor intimidad separa la habitación de padres e hijos; amueblarla dará la segura sensación de sentirse instalado; se la usará como ámbito de descanso

y, aun, de disfrute, separada del ámbito cotidiano de trabajo, "trabajar fuera de la casa es también estar plenamente en ella"(27) e implicará un marcado retroceso del trabajo a domicilio correspondiente a la reivindicación plena de la vida privada. Comienza a predominar, como ocurrió con la familia burguesa, una domesticidad vinculada a la familia, a la intimidad y a la consagración al hogar. Esta domesticidad fue un logro enteramente femenino. La mujer, prefigurado su rol en el conventillo, se convirtió en el "ama de la casa" organizando la vida y la economía doméstica, descubriendo y otorgándole valor a ciertas cuotas de confort (calefacción, amoblamiento) antes impensadas así como revalorizando el aire, la luz y la limpieza, por supuesto todo esto en un marco de decorosa modestia.(28) Y también fue la promotora de la instalación, cuando las condiciones económicas lo permitían, de un **living** que podía funcionar alternativamente como lugar para recibir a los visitantes, como centro de reunión familiar o, sencillamente, como un símbolo de la nueva condición. En el primer caso se trataba de franquear la entrada de la casa a amigos, familiares o vecinos sin violar la privacidad del hogar y en el segundo buscaba brindar un ámbito de contención al hombre para evitar que dedique el tiempo libre al alcohol o a otros "vicios". De esta forma, la mujer o, mejor, la esposa del obrero se convirtió en el centro de la familia organizando la vida cotidiana del hogar que implicaba desde disponer del dinero ganado por el marido hasta la educación de los hijos.(29)

Si la casa significó un repliegue hacia la vida privada, implicó también una nueva forma de sociabilidad que se expresaba en el espacio concreto del **barrio**. Superficie abierta y regida por reglas colectivas pero que tiene al hogar (casa propia) como centro. El barrio es un afuera definido a partir de un adentro, un lugar público cuyo núcleo es un lugar privado pero que otorga sentido de pertenencia. Aunque, como hemos visto, algunos barrios de formación más antigua nuclearon a la población trabajadora en torno a algunas industrias esto no fue la regla sino la excepción pues las formas de sociabilidad de estos espacios estaban generalmente dissociadas y descentradas del lugar de trabajo. Los problemas del trabajo debían dirimirse en otro lugar, aquí las cuestiones comunes eran otras en tanto el barrio actuaba como un lugar de interconocimiento donde "cada persona es conocida por un determinado número de particularidades de su vida privada por gentes con las que no tiene nada que ver y no ha escogido, pero que, sin embargo, no son extraños: los vecinos".(30) Y como bien lo percibió Scobie, hacia el fin de la primera década del siglo XX para una buena parte de los porteños era el vecindario lo que daba sentido a sus vidas.(31)

El vecindario era un lugar de interconocimiento sin límites geográficos fijos y que podía extenderse una cuadra o varias y, a la vez, era contenido por el barrio. En él habitaban gentes de distinta profesión así como de diferentes nacionalidades. Y si bien podía darse el caso de la existencia de pequeños nucleamientos étnicos, generalmente terminaban absorbidos por la pluriétnicidad predominante. El vecindario también era un ámbito en donde la mujer desempeñaba un rol preponderante en tanto practicaba su sociabilidad cotidiana durante las compras diarias. Estas se realizaban, generalmente, en los negocios del vecindario: almacenes, camicerías o

panaderías que funcionaban como verdaderos "lugares de palabras"⁽³²⁾ donde las formas de sociabilidad se desarrollaban con una base de fuerte individualismo, producto de una sociedad que privilegiaba el ascenso social y, consecuentemente, las relaciones interclasistas a las solidaridades de clase. De todas maneras no hay que descartar ciertas formas de cooperación centradas en las necesidades comunes de los vecinos que, en el período de entreguerras desembocarían en el fomentismo. Precisamente, en los "lugares de palabras" muchas de las necesidades se convertían en demandas y no fueron pocos los comerciantes que desempeñaron un rol preponderante en las sociedades barriales.⁽³³⁾

Los "lugares de palabra" específicamente masculinos eran otros y estaban vinculados al marco más amplio del barrio. Me refiero al café, el bar o la taberna que cumplían más de un rol; pues por un lado, como sitio de paso, era un lugar de transición entre el espacio público de la fábrica y el privado del hogar; por otro, era uno de los ámbitos predilectos de los hombres, donde pasaban una parte importante de sus ratos libres y de ocio. Era el lugar donde en torno a una mesa o en la barra se juntaban a conversar los vecinos del barrio sobre temas variados pero a menudo vinculados a problemas barriales y donde cruzaban sus experiencias hombres de nacionalidades, profesiones y tradiciones culturales totalmente diversas. En estos ámbitos se llevaría adelante, un tipo de sociabilidad que contribuirá a forjar, en parte, una identidad barrial que en algunos barrios prendería más rápidamente que en otros.⁽³⁴⁾

Esta sólida presencia del café, el bar o la taberna en el barrio es un símbolo más de la descentralización que también alcanzaba a los lugares dedicados al ocio. Y en algunos barrios más populosos como La Boca, Boedo, Once, Villa Crespo, Flores o Belgrano comenzaron a levantarse hacia fines de la primera década del siglo algunos teatros que representaban las mismas obras que habían figurado en la cartelera céntrica.⁽³⁵⁾ La expansión de los espectáculos públicos a las zonas periféricas no implicaba el enclaustramiento de los vecinos pero sí contribuía a consolidar el sentido de pertenencia y de diferenciación de los vecinos en tanto las actividades del tiempo libre se concentraban, cada vez más, en el ámbito recortado del barrio.

Uno de los lugares donde mejor se representaba la sociabilidad barrial era en los espacios verdes de la plaza o el parque, donde paseaban y se mostraban las familias, donde jugaban los niños y los jóvenes y donde se desarrollaban las fiestas con un creciente sentimiento patriótico. Precisamente en estos espacios verdes emergió y se desarrolló la práctica del fútbol como una de las formas de diversión popular ligadas al tiempo libre que mayor identidad otorgarían a los barrios porteños.⁽³⁶⁾ Paralelamente a la práctica aparecieron los clubes de fútbol ligados al deporte espectáculo y con fuerte pertenencia barrial. Así River Plate (1901) y Boca Juniors (1905) representaban a La Boca; Argentinos Juniors (1905) a La Paternal; Atlanta (1904) a Villa Crespo; Chacarita (1906) al barrio homónimo; Defensores de Belgrano (1906); Huracán (1907) a Parque de los Patricios; San Lorenzo de Almagro (1908); Vélez Sársfield (1910) a Liniers y Nueva Chicago (1911) a Mataderos.⁽³⁷⁾ Este tipo de clubes

se multiplicarían rápidamente y una década más tarde no había barrio que no tuviera su propio representante futbolístico. La aparición y desarrollo de los clubes de fútbol operaron en un doble sentido sobre la identidad de los sectores populares. Si por un lado se convertiría en un elemento fundamental en la consolidación de los vínculos barriales; por otro contribuyó a reforzar el proceso de relaciones interclasistas en la medida que los clubes se identificaban con barrios y no con sectores sociales excluyentes. En este sentido, el club representaba tanto a un comerciante, como a un obrero o a un profesional. A lo sumo, si el barrio tenía un componente obrero más fuerte, como el caso de Nueva Chicago, un club rodeado de mataderos, la institución tenía una pertenencia popular más nítida.

Entonces, el barrio disuelve viejas pertenencias y otorga identidades nuevas. Cultura de mezcla en la que se cruzan estratos sociales diferentes y gentes de diversas nacionalidades pero ya no como en el conventillo. Pues aunque el espacio del barrio se diferencie nítidamente del espacio privado no se cerrará a él sino que establecerá una zona protectora. En definitiva, el barrio, aunque espacio abierto y público no está distanciado de la vida privada de sus habitantes, por el contrario es casi una continuación y un reflejo de la misma. El barrio sintetizó bien los anhelos de privacidad y de ascenso social de muchos trabajadores aunque un buen número de ellos no lo haya logrado.

Puede parecer paradójico que esta fuerte tendencia hacia el casapropismo no se haya visto reflejada en las demandas del movimiento obrero organizado. Con la excepción de ciertos intentos cooperativos del socialismo, ni el anarquismo ni el sindicalismo parecen haber prestado demasiada atención por la propiedad de la vivienda. Denunciaron los elevados alquileres o las malas condiciones habitacionales pero no avanzaron en el tema de la propiedad. Y mientras para los socialistas el obrero propietario era posible a partir de un planteo que contemplaba reformas graduales en el mismo sistema capitalista, para los anarquistas era una reivindicación sin sentido en tanto pretendían el derrumbe de esta sociedad y, desde este punto de vista, el problema de la vivienda sólo se resolvería en una utópica sociedad del futuro.⁽³⁸⁾ En realidad el anarquismo estaba más preocupado por el espacio adecuado que por la propiedad, "queremos luz, queremos aire, queremos sol" exigía Pierre Quiroule cuando imaginaba la ciudad anarquista del futuro. Esta ciudad era una fuga de las grandes urbes que serían reemplazadas por ciudades jardines de pequeñas dimensiones y autosuficientes, donde ni el humo de las fábricas, ni la suciedad de las calles, ni el ruido del tránsito perturbarían la vida cotidiana de los trabajadores. Por otra parte, la ciudad del futuro no contemplaba la existencia de la propiedad privada así como tampoco la pervivencia de la familia en el sentido clásico. Como consecuencia, la idea de hogar perdía sentido.⁽³⁹⁾

Ateniéndonos a este razonamiento resulta lógico pensar que los dirigentes obreros, al menos los anarquistas, no prestaran atención a la resolución de la propiedad de la vivienda. Incluso, la experiencia del hacinamiento y los altos

alquileres podía, a sus ojos, contribuir a rebelar y concientizar a los trabajadores puesto que estas condiciones de vida ayudarían a tramar redes de solidaridad como las conformadas en los conventillos y puesta en práctica durante la huelga de inquilinos de 1907. Esta forma de mirar el problema no era ajena al campo socialista y, en cierta forma, se emparentaba a los planteos de Marx y Engels cuando sostenían que sólo el proletariado amontonado en las grandes ciudades podía llevar adelante las tareas de emancipación social. Así, ese apiñamiento contribuiría a desarrollar la conciencia de clase.(40)

Pero Buenos Aires presentaba una gran desventaja en ese sentido: no era una ciudad industrial. Ante todo era una urbe burocrática y comercial y su desarrollo industrial durante este período no fue relevante. Si el número de trabajadores era significativo se debía, en gran medida, a la constante construcción de grandes obras de infraestructura (puerto, red ferroviaria y tranviaria, redes cloacales y de aguas corrientes, etc.) que ocuparon a miles y miles de trabajadores. Pero este tipo de empleo era estacional y, obviamente, tendía a diluir la posibilidad de construir una identidad clasista. Además, esta tendencia era reforzada por la amplitud urbana y la consecuente dispersión que provocaba. Al respecto, H. Gutman ha señalado con perspicacia que los movimientos obreros siempre han sido más vulnerables en las urbes más grandes y complejas.(41) Y precisamente Buenos Aires reunía estas características y tendía a la desconcentración de los obreros.

En este contexto, donde por supuesto no hay que olvidar el proceso de amplia movilidad social, la idea de la casa propia jugó un rol importante en la dispersión de la identidad de clase. Y aquí no importa cuántos trabajadores lograron dar forma a este deseo, seguramente muchos no pudieron concretarlo. Lo importante es que en el horizonte de vida del trabajador la casa propia era posible y si no podía lograrlo seguiría luchando en pos de ese anhelo e, incluso, involucraría a sus hijos para concretar la empresa. Y una vez en la casa, al devenir propietario, era casi inevitable el alejamiento de la lucha sindical y, en ocasiones, de la propia condición de obrero al ascender socialmente. No sólo la casa propia lo alejaba del movimiento obrero, el entorno barrial también contribuía a ello y aunque la condición de vecino no anulaba la pertenencia a la clase trabajadora, la diluía. El barrio mezclaba, era heterogéneo y generaba un tipo de sociabilidad y de cultura diferente a la específicamente obrera y con marcados tintes interclasistas.(42)

No quiero crear una falsa imagen sobre el movimiento obrero de este período y no estoy sugiriendo su escasa importancia. Centralmente se está recalando ciertas tendencias de la sociedad porteña de comienzos del siglo que tendían a debilitar al movimiento obrero. Y el casapropismo fue una de ellas. En definitiva, este proceso produjo un reforzamiento del individualismo donde la casa propia alejó los temores suscitados por las redes solidarias creadas en el conventillo y, dominio privado por excelencia, se convirtió en fundamento de la vida familiar y, en cierta manera, en un pilar del orden social en tanto actuó como elemento disciplinador y forjador de ciudadanos.

NOTAS

(1) No es mi intención describir las condiciones de existencia material de las distintas formas precarias de habitación, en tanto existe una abundante y amplia bibliografía (véase al respecto las referencias de la nota número 9). Sólo mencionaré aquí aquellas cuestiones materiales referidas directamente al objetivo del artículo.

(2) Cf., entre otros, por ejemplo: BOURDE, G., *Buenos Aires: urbanización e inmigración*, Huemul, Buenos Aires, 1977. SCOBIE, J., *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1977.

(3) LIERNUR, J., "La ciudad efímera", en LIERNUR, J. y SILVESTRI, G., *El umbral de las metrópolis*, Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

(4) HURET, J., *De Buenos Aires al Gran Chaco*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986 (editado originalmente en París, 1911), págs. 40 y 55.

(5) LIERNUR, J., "Buenos Aires, la estrategia de la casa autoconstruida", en AA.VV., *Sectores Populares y Vida urbana*, Clacso, Buenos Aires, 1984.

(6) Esta diversidad ha sido señalada por Diego Amus en su trabajo *Un balance tentativo y dos interrogantes sobre la vivienda en Buenos Aires entre fines del siglo XIX y comienzos del XX*, presentado en las Primeras Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1985.

(7) HURET, J., op. cit., pág. 55.

(8) A mi criterio el mejor análisis de los datos estadísticos disponibles es el trabajo de Oscar Yujnovsky, "Política de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914", en *Desarrollo Económico*, Nº 54, IDES, Buenos Aires, julio-septiembre, 1974.

(9) Desde el trabajo pionero de José Panettieri, *Los trabajadores*, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1967, pasando por los ya citados textos de Scobie y Yujnovsky hasta los más recientes: GUTIERREZ, L., *Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires: 1880-1914*, Madrid, 1981; SURIANO, J., "La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires", en AA.VV., *Sectores Populares y Vida urbana*, op.cit.; ARMUS, D. y HARDOY, J., "Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos", en ARMUS, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990; GUTIERREZ, L. y SURIANO, J., "Workers Housing and Living Conditions in Buenos Aires, 1880-1930", en ADELMAN, J. (Ed.), *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, The Macmillan Press Ltd., London, 1992.

(10) *Censo General de la ciudad de Buenos Aires de 1904*, Buenos Aires, 1904, pág. 125.

(11) Esta observación fue efectuada en 1883. WILDE, E., "El conventillo y sus características", Curso de Higiene Pública, en *Obras Completas*, vol. III, Buenos Aires, 1914, págs. 29-30.

(12) PATRONI, A., *Los Trabajadores en la Argentina*, Buenos Aires, 1907, pág. 130.

(13) PERROT, M., "Formas de Habitación", en ARIES, P., y DUBY, G. (comps.), *Historia de la vida privada*, Taurus, Buenos Aires, 1991, t. 8, pág. 20.

(14) SELVA, D., "Consideraciones sobre edificación obrera", en *Revista de Arquitectura*, Nº 2 a 6, Buenos Aires, 1902, pág. 102.

(15) PATRONI, A., op. cit., pág. 30.

(16) PERROT, M., op. cit., pág. 21.

(17) *La Prensa*, 08/09/01.

(18) Aquí estamos en una zona gris, poco conocida por los investigadores. Es poco lo que se sabe sobre el público que asistía a las funciones de circo o teatro popular. Entre 1889 y 1925 la cifra de espectadores crece de 2,5 a 6,9 millones de asistentes anuales. Estos números implican que cada habitante asistía, en 1910, 2,6 veces por año al teatro. Véase: MAZZIOTTI, N., "Bambalinas: el auge de una modalidad teatral-periodística" en ARMUS, D. (comp.), op. cit., pág. 75. El dato es elocuente del crecimiento del teatro popular pero no nos dice nada acerca de la asistencia de los trabajadores. Los Boletines del Departamento de Trabajo no contemplaban gastos en este rubro en los presupuestos obreros, por lo tanto es atinado pensar en una asistencia esporádica de los trabajadores a este tipo de espectáculos.

(19) *Ibidem*.

- (20) El último gran estallido social de este período, la semana trágica de 1919, tuvo su epicentro en uno de estos barrios. Sobre la implantación industrial y su relación con el ámbito urbano véase: JOHNS M. y ROCCHI, F., *Capital industrial y espacio urbano: Buenos Aires durante el auge del proceso agroexportador*, Buenos Aires, 1990 -mimeo-.
- (21) La red tranviaria se complementó con la extensión urbana del sistema ferroviario. Todo el proceso de constitución de la red de transportes está magníficamente descrito en SCOBIE, J., op. cit., capítulo V. El trabajo de Scobie es tributario del excelente informe que el ingeniero realizara para el Departamento Nacional del Trabajo en 1910, CIBILS, F.R., "La descentralización urbana en la ciudad de Buenos Aires", en *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, Nº 16, Buenos Aires, 31/03/11.
- (22) CIBILS, F., op. cit., pág. 91.
- (23) Al respecto véase: YUJNOVSKY, O., op. cit., y GUTIERREZ, L. y SURIANO, J., op. cit.
- (24) SELVA, D., op. cit., pág. 110.
- (25) PERROT, M., op. cit., pág. 16.
- (26) *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, Nº 21, Buenos Aires, 30/11/12, pág. 422.
- (27) PROST, A., "Fronteras y espacios de lo privado", en ARIES, P. y DUBY, G. (comps.), op. cit., t. 9, pág. 25.
- (28) Sobre los conceptos de domesticidad y confort, véase: RYBCZYNSKI, W., *La casa, historia de una idea*, Emecé, Buenos Aires, 1991.
- (29) Sobre el rol de la mujer trabajadora en relación al hogar y al espacio urbano: PERROT, M., "El ama de casa en el espacio parisino durante el siglo XIX", en *Historia Urbana*, Nº 1, Valencia, 1992.
- (30) PROST, A., op. cit., pág. 116.
- (31) SCOBIE, J., op. cit., pág. 263.
- (32) Tomo esta excepción de PROST, A., op. cit., pág. 119.
- (33) Sobre la conformación de una cultura popular centrada en la cotidianeidad barrial, véase: GUTIERREZ, L. y ROMERO, L. A., "Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares. Buenos Aires, 1920-1945", en *Desarrollo Económico*, Nº 113, abril-junio, 1989.
- (34) Sobre la sociabilidad en este tipo de ámbitos, véase: GAYOL, S., "Ámbitos de sociabilidad en Buenos Aires: despachos de bebidas y cafés, 1860-1900", en *Anuario*, Nº 8, IEHS, Tandil, 1993.
- (35) MAZZIOTTI, N., op. cit.
- (36) El fútbol había aparecido en Argentina tres décadas antes ligado a la colectividad británica residente en el país.
- (37) FRYDENBERG, J., *Sectores populares, ciudad y fútbol. Buenos Aires 1890-1920*, Buenos Aires, 1993 -mimeo-.
- (38) De todas formas no todos los libertarios parecían estar dispuestos a esperar la resolución de este problema en un futuro que no siempre se presentaba promisorio. Algunas publicaciones anarquistas, *Ideas y Figuras* por ejemplo, publicaban habitualmente avisos de remates de lotes a precios accesibles a los trabajadores.
- (39) QUIROULE, P., *La ciudad Anarquista Americana*, La Protesta, Buenos Aires, 1914.
- (40) MARX, K. y ENGELS, F., *Selected Works*, Moscú, 1968 (2 vols.), pág. 563.
- (41) GUTMAN, H., *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Vintage Books, New York, 1977.
- (42) GUTIERREZ, L. y ROMERO, L. A., op. cit.

Cuadro N° 1
Número de casas de inquilinato, cuartos e inquilinos,
proporción de inquilinos sobre la población
total y por cuarto, 1881-1919.

Año	Nº de casas	Nº de cuartos	Nº de Inquilinos	% Inq./pob. total	Persona/cuarto	Nº cuartos por casa
1881	1.821	25.323	65.260	21,6	2,58	17,8
1882	1.843	25.543	65.320	19,5	2,56	13,9
1883	1.868	25.645	64.156	18,3	2,50	13,7
1884	2.037	27.020	66.459	18,2	2,46	13,3
1885	2.089	29.442	73.266	19,1	2,49	14,1
1886	1.970	27.363	99.233	19,8	2,90	13,9
1889	2.078	29.196	99.852	18,7	3,35	14,1
1890	2.249	37.603	94.723	17,3	2,52	16,7
1892	2.192	31.152	120.847	21,8	3,88	14,2
1904	2.462	43.872	138.188	14,1	3,15	17,8
1919	2.967	45.026	148.393	8,9	3,30	15,2

Fuente: Oscar Yujnovsky: op. cit., pág. 357.

Cuadro N° 2
Habitantes por hectárea en la ciudad de Buenos Aires, 1904-1914*

Circunscripción**	1904	1909	1914
1 Vélez Sársfield	3	9	20
2 San Cristóbal Sud	43	61	81
3 Santa Lucía	140	157	172
4 San Juan Evangelista	156	168	195
5 Flores	30	58	99
6 San Carlos Sud	78	130	165
7 San Carlos Norte	80	121	160
8 San Cristóbal	270	313	324
9 Balvanera Oeste	227	252	287
10 Balvanera Sud	314	382	352
11 Balvanera Norte	287	298	335
12 Concepción	303	325	348
13 Monserrat	203	207	227
14 San Nicolás	232	213	232
15 San Bernardo	5	14	31
16 Belgrano	13	22	78
17 Palermo	18	45	70
18 Las Heras	80	129	140
19 Pilar	158	167	193
20 Socorro	183	173	188

Fuente: Ch. Sargent, *The Spatial Evolution of great Buenos Aires, Argentine, 1870-1930*, pág.150

* Nótese el importante crecimiento de las circunscripciones periféricas, especialmente en el segundo período intercensal.

** Algunos de los barrios protagonistas de la descentralización como Villa Crespo, Chacarita y La Paternal estaban en la circunscripción 15. Caballito y Parque Chacabuco en la 6 y la 7; Villa Urquiza en la 16; Villa Devoto en la 15 y 16.